



## EL PAPA DE LA ASUNCION

POR EUGENIO MONTES

ROMA.—El día de Reyes, cuando iba camino de la estación contando los últimos minutos, de súbito recordé que marchaba derecho al Infierno, porque el Infierno es el lugar de donde no se vuelve y donde no hay Roma.

Es cierto que había rezado, en las cuatro Basílicas, divino trébol que hace ganar el jubileo; pero olvidé lanzar la moneda ritual en la fuente litúrgica.

Pierda el tren —me dije—, mas no la beatitud eterna, y así, lancé a la barroca fontana que con más chorreante voz canta los orígenes del Lacio la lira que asegura el retorno a la urbe impar.

Cara y cruz. En este mismo Año Santo la Providencia quiso concederme la gracia de volver al único lugar del mundo de donde no quisiera salir hasta pasar a la otra orilla.

Y aún dicen que el agua, como la felicidad, huye. No. No. Todo pasa en el orbe menos la Urbe, menos Roma y sus dos azalatas: el agua y la vida.

De la dicha suelen aseverar los doctores que no hay definición posible; mas yo afirmo que hay una definición real y muy fácil. No es un gorro de dormir, como dijo Merimée, pues yo llevo dos noches recorriendo las plazas sin sentir sueño. No es una bola a la que demos puntapiés, como expresa una madama francesa del siglo XVIII. No. La dicha es volver a la eterna juventud; la dicha es, sencillamente, volver a Roma.

Porque, ¡si vierais qué joven está, qué adolescente, qué sin arrugas! Así, una colegiala danzarina. Al menos, uno tiene que volverse colegial cantarín para esquivar los pululantes autobuses, los automóviles, que